

Acero, sueños y sal

Seudónimo: Acebuche

Categoría: (B) Adulto

Anna se detuvo un momento delante del armario del señor Dewhurst. Pensativa sin ni siquiera pestañear, apretó con fuerza el plumero invadida por un escalofrío helado. De un modo casi inconsciente, extendió la mano hasta el brillante pomo de la puerta, pero como si se tratara del mayor reto de su vida, fue incapaz de girar el picaporte, y un poderoso trance tumbó su consciencia sin ninguna oposición. Su mente se suspendió por un instante en algún lugar del orbe.

Había algo dentro del mueble que causaba en ella esos efectos, lo supo desde Navidad, en el mismo instante que regresó de las vacaciones. Nadie le dijo nada, pero Anna siempre tuvo una rara capacidad para comprender qué tipo de cosas se ocultan tras una puerta, aunque la mayoría de las veces jamás llegase a abrirla. Entendía de secretos, se solía decir así misma. Pero aquella vez era diferente, lo que se ocultaba en el armario, era lo más pesado que jamás había aguantado su corazón. Al menos, siempre pensó que ese era el lugar remoto de donde debían provenir aquellas emociones ancestrales. Era la primera vez, a sus 58 años, que llegaban hasta ella unas sensaciones de tal magnitud. Le robaban el aliento. Sus claros ojos del color primitivo del granito, eran capaces de mirar en el interior de sus entrañas y localizar los secretos ocultos, que había aprendido a controlar desde su tierna infancia.

Ya eran casi las 12:30 del mediodía y su turno finalizaba en unos minutos, pero aquel armario portaba algo que necesitaba desbloquear. Pues desde que llegó, lo que fuera que entrase en el hogar de los Dewhurst, sus sueños habían estallado en pesadillas que parecían incendiarse con la presencia de aquel mueble, donde penetraba un óxido de sombras profundas que la precipitaban una y otra vez al abismo de la noche.

En la lengua ultraterrena de los que ya no despertarán, las únicas figuras reconocibles para Anna al comienzo de todas sus pesadillas, eran gritos en el mar.

Luego, en el sopor, una horda de desconocidos, sombríos y brumosos en sus formas, se desplazaban incólumes cargando sus cuerpos retorcidos en espuma y sal. Ella siempre permanecía petrificada en la orilla de una playa distópica desde donde los veía surgir del abismo, como irrumpe un hueso partido desgajando el muslo. Un error en la matrix que no debe estar ahí. Anna jamás conseguía moverse y la sombra siempre avanzaba hasta ella, con el ritmo impávido de las cosas del mar. Cuanto más se acercaban, más sentía trepar por su garganta ese escalofrío vomitivo que se siente al tragar el agua marina. Se ahoga, casi no puede respirar, el salitre llena su espalda y sus labios rezaban en un pozo anegado de sodio y cloro.

Intenta gritar pero el suyo es el único grito que no se escucha en la bahía. De repente no hay sol, pero tampoco hay noche. Aquella marabunda sombría se detiene ante la mujer, sus ojos pierden claridad y olvidan la definición de las formas, como si los abriera bajo el agua, sin precisión, todo comienza a tornarse en un silencio definitivo. Ni ella misma sabría decir qué ocurre después, si le revelaron por qué salieron del fondo del océano de sus sueños, si la buscaban a ella o simplemente la encontraron allí ¿Qué era eso que regresaba cada noche de la costa de los sueños, colmado de dolor y oscuridad?...

Anna volvió del trance súbitamente y se sorprendió con algo entre sus manos. Había perdido la conciencia y debía haber abierto el armario de forma automática. En algún rincón de su interior halló un estuche de piel con las iniciales del señor Dewhurst. Lo abrió confundida y extrajo un palo de golf relucientemente encerado. Lo observó un momento, sin comprender qué demonios ocurría con ese estúpido objeto. Había una inscripción en uno de los extremos: *“Pieza de fundición realizada con acero obtenido de una de las 3 hélices recuperadas del transatlántico británico de lujo RMS LUSITANIA”*. Del estuche de cuero cayó una tarjeta amarilla a los pies de Anna, donde rezaba: *“El transatlántico británico de lujo RMS LUSITANIA, al mando del capitán Walther Schwieger, fue blanco de los torpedos del submarino alemán U-20, el 7 de mayo de 1915, hundiéndose frente a la costa irlandesa en 18 minutos. El fallecimiento de 234 estadounidenses en la tragedia fue una de las causas por las que los Estados Unidos de América entraron en la Primera Guerra Mundial”*.